

CAPÍTULO DÉCIMO PRIMERO: 1

Padre Arnaldo Bazán

"Y sucedió que, cuando acabó Jesús de dar instrucciones a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades"(11,1).

Se supone que Jesús vivió en la tierra alrededor de treinta y tres años. Suele darse por sentado que dedicó los tres últimos años a su labor apostólica, al final de los cuales realizó su entrega total a la voluntad del Padre, dando su vida por nosotros con su muerte cruel en la cruz.

Todo eso fue culminado con su gloriosa resurrección y su posterior ascensión al cielo.

Si bien los evangelistas están de acuerdo con los hechos fundamentales, no lo están totalmente en cuanto a la cronología. Los tres sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas, casi coinciden en sus narraciones, pero no son tan buenos a la hora de señalar el cuándo ocurrió cada acontecimiento. En eso Juan los supera.

El evangelio de este último completa mucho de lo que los otros tres narran, sobre todo porque profundiza más en lo que Jesús enseñó, por lo que es llamado el "evangelista teólogo".

La predicación de Jesús comienza después de su bautismo en el Jordán, por parte de Juan el Bautista, y de la carentena de ayuno y oración en el desierto de Judea.

El Maestro no perdía oportunidad para anunciar la Buena Noticia. Unas veces aprovecharía las invitaciones que le hacían en las sinagogas, pero lo vemos predicar en las montañas y en el llano, junto al lago, y en cualquier parte que encontraba un auditorio dispuesto a escucharlo.

Todos los evangelistas coinciden en señalar que en ocasiones se reunían verdaderas multitudes, sobre todo porque habían oído hablar de su poder de curación y de hacer milagros.

Ni que decir tiene que Jesús tuvo un don especial para atraer a la gente y transmitirles su mensaje en forma clara y precisa. Por eso gustaba de usar de comparaciones o parábolas, para hacer más fácil la comprensión a personas que, por otro lado, no eran en su mayoría letradas.

Eso sí, los judíos, en general, tenían un conocimiento amplio de la Palabra de Dios, en especial lo dicho en la Torá o cinco primeros libros de la Biblia, y en los escritos de los profetas.

Eso hacía más fácil que pudieran intuir que ante ellos estaba, si no el propio Mesías, al menos un verdadero profeta que hablaba con autoridad. Ellos sentían en lo vivo esa necesidad, después de varios siglos en que no habían tenido ninguno, como no fuera Juan, el precursor, el último verdadero profeta del Antiguo Testamento.

